

## 5. "Bienaventurados los pacificadores".

Cuando Jesús resucitado llega hasta los dos discípulos de Emaús, los encuentra sin paz y sin esperanza (cf. Lc 24,13-35). Han abandonado Jerusalén y, por tanto, el pequeño resto de discípulos de Jesús que, a pesar de todo, estaban fraternalmente juntos en la casa del Cenáculo en torno a la Madre de Jesús.

"Esperábamos que él iba a liberar a Israel" (Lc 24,21), dicen de él. Pero Jesús fue crucificado, murió, y esta esperanza fracasó.

Lo que dicen los dos discípulos delata dos grandes errores en su relación con la vida y con Jesús mismo. El primero es un error sobre en qué se basaba su esperanza. Esperaban de Jesús un éxito político, mundano. Esperaban que a través de Cristo recibirían poder y gloria. Esperaban que Él derrotara y aniquilara a sus enemigos. ¡Cuántas veces caemos en este error también al concebir y vivir nuestra vocación, nuestra vida comunitaria! Esperamos una paz que nos vendrá del poder, a menudo económico, o del éxito, o de la derrota de nuestros enemigos. Por tanto, en una paz que será sólo para nosotros, y no un bien a compartir con los demás, con todos. Esta falsa esperanza en una paz aún más falsa es la raíz de tantas infidelidades, y sobre todo de tantas divisiones, no sólo en el mundo, sino también en las comunidades.

El segundo error de los dos discípulos de Emaús, ligado al primero, es que no comprenden que lo que describen como motivo de su tristeza y desesperación debería ser para ellos motivo de infinita alegría. "Nuestras autoridades lo entregaron para que lo condenaran a muerte y lo crucificaron" (Lc 24,20). Jesús murió en la Cruz, y por eso ya no tienen esperanza. Pero la Cruz es en realidad la fuente de toda esperanza, una esperanza que absolutamente nada puede defraudar. Su apego a la esperanza en el poder mundano les impide abrir su corazón a la esperanza de la Cruz y, por tanto, a la paz que nada puede arrebatárselos.

También nosotros, cuando vemos en el cuerpo de Cristo que es la Iglesia, que son nuestras comunidades, que somos nosotros mismos, las llagas de la Cruz, la debilidad y la necesidad de la Cruz, perdemos la esperanza y la paz. No vemos que todo esto es en realidad lo que debería llenarnos de esperanza y de paz, porque ya nada, ni siquiera la muerte, puede quitarnos la vida y el amor que brotan del Corazón abierto de Cristo.

Pero nos damos cuenta de que Jesús se une a los dos discípulos de Emaús en el camino que ya han emprendido: un camino equivocado, que va en la dirección equivocada, que no toma la dirección de la esperanza hacia la paz. En ese mismo camino, el Resucitado llega hasta ellos y camina con ellos en la dirección equivocada que han elegido. Pero desde el momento en que Cristo, que es en persona "el camino y a la verdad y la vida" (Jn 14,6), camina con ellos, el camino se vuelve recto, el camino se convierte en el camino de la verdad que conduce a la vida.

La Iglesia busca su camino sinodal y nos invita a encontrarlo en cada comunidad y en la Orden. Es importante que seamos cada vez más conscientes de que el camino sinodal de la Iglesia es fundamentalmente Cristo mismo caminando con nosotros por el camino que recorreremos, que para muchos es fatigoso, que para muchos es triste, que para muchos es también equivocado, o vallado por tantos obstáculos, reales o imaginarios. Antes de corregir el rumbo –como los discípulos de Emaús que, esa misma tarde, retoman el camino en dirección contraria–, debemos ayudarnos a ver al Resucitado que ahora camina con nosotros, que ahora nos habla, que está cerca de nosotros y nos ama hasta hacer arder nuestro corazón (cf. Lc 24,32). El Resucitado, caminando con nosotros, nos regala también ya la experiencia de una paz dentro de nosotros y entre nosotros que, como un rayo de sol entre las nubes, viene a menudo a devolvernos el consuelo y la esperanza, renovando nuestras energías cansadas para correr a proclamar que Cristo está vivo y con nosotros.

A veces, cuando atravesamos momentos personales y comunitarios difíciles, corremos el riesgo de recordar a Cristo y hablar de Él como si fuera un muerto en el que ya no podemos poner esperanza. En cambio, deberíamos hablar y recordarle como el Resucitado que cuida de nosotros y nos tiende siempre la mano para darnos no sólo la esperanza, sino también lo que esperamos, lo que hemos perdido, el Espíritu que nos da el amor, la alegría y la paz (cf. Ga 5,22).

Jesús, en las Bienaventuranzas, enumera los dones del Espíritu que Él mismo viene a comunicarnos cuando experimentamos nuestra limitación y la de los demás. Una Bienaventuranza se refiere a la paz: “Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios”. (Mt 5,9)

Ser pacificadores no es otra cosa que “buscar la paz y perseguirla” que nos pide San Benito. El trabajador de la paz es precisamente el que se pone a su servicio en todo, para que sea aceptada y pueda crecer. Se sirve a la paz buscándola con perseverancia, pidiéndola a Dios con insistencia, como hemos visto, pero también disponiéndose a dejar que el Espíritu de Jesús realice lo que esta Bienaventuranza promete como don a los que trabajan por la paz: ser reconocidos como hijos de Dios. Todas las Bienaventuranzas prometen el Reino, o el céntuplo de lo arrebatado. Sólo esta Bienaventuranza promete ser llamados hijos de Dios, es decir, ser identificados con Jesucristo, el Hijo unigénito de Dios.

Ser considerados hijos de Dios porque se busca la paz implica que el signo de la paz por excelencia es *la fraternidad*. La paz, incluso la paz del corazón o la paz con Dios, es ante todo la paz fraterna, fruto de la reconciliación. El artífice de la paz es el obrero de la fraternidad, por tanto, del perdón, de la reconciliación, del compartir, del consuelo, de la escucha del otro, de la corrección fraterna, del servicio y de la atención a los necesitados. La caridad fraterna es el camino hacia la paz. Toda la Regla de San Benito nos pide que busquemos la paz buscando la fraternidad. Incluso todos los votos: obediencia, pobreza, castidad, estabilidad, san Benito nos ayuda a vivirlos para construir la vida fraterna en la paz. De lo contrario, ningún compromiso cristiano o monástico, ninguna ascesis, ningún esfuerzo de conversión

tomaría cuerpo en nosotros, se haría carne en nuestras vidas. Ser reconocidos como hijos de Dios es lo mismo que ser reconocidos como hermanos y hermanas en Cristo.

Hay una verdadera búsqueda de la paz en una comunidad si hay una búsqueda de la verdadera fraternidad. Si las relaciones fraternas son distantes, se podrá tener una cierta tranquilidad en la comunidad, pero no se experimentará la verdadera paz, la paz de Dios, que supera todo entendimiento y custodia nuestros corazones y pensamientos en Cristo Jesús (cf. Flp 4,7). Por tanto, la verdadera paz es siempre fruto de la reconciliación. La reconciliación no significa que no haya conflictos y defectos entre nosotros, sino que, perdonándonos unos a otros, los resolvemos en el amor de Cristo, la comunión del Espíritu y la misericordia del Padre.

Los tres últimos “instrumentos de buenas obras” del capítulo 4 de la Regla lo expresan de manera sencilla y sublime:

“Orar por los enemigos en el amor de Cristo.

Hacer las paces antes de acabar el día con quien se haya tenido alguna discordia.

Y jamás desesperar de la misericordia de Dios”. (RB 4,72-74)

La paz, para San Benito, es ese estado interior y esa forma de relación con los demás que están, por así decirlo, tensados entre el amor de Cristo que reza en la Cruz por sus enemigos, es decir, por todos nosotros pecadores, y la misericordia del Padre que responde a la oración del Hijo, y de la que, precisamente por esto, nunca podemos desesperar. Tampoco podemos desesperar nunca de la paz misma, de la paz en nuestros corazones, en nuestras comunidades, en la Iglesia y en el mundo, porque **la paz verdadera es el don del Espíritu Santo que el amor del Hijo pide para nosotros a la misericordia del Padre.**

Fuera de esta dimensión trinitaria, no podemos comprender verdaderamente la paz y no podemos acogerla y vivirla. La verdad que nos permite acoger la paz es, ante todo, la verdad sobre Dios, que es Amor hasta la muerte de cruz y Misericordia infinita. Sólo dentro de esta verdad sobre Dios, revelada en Cristo, descubrimos la verdad sobre el hombre, sobre nosotros mismos y sobre los demás, que nos permite buscar y perseguir la paz, sin desesperar nunca de encontrarla y de poder vivirla en nosotros y entre nosotros para transmitirla a toda la humanidad.